

## El capitalismo neoliberal y su sujeto<sup>1</sup>

**Raul Albino Pacheco Filho**

**Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo (Brasil)**

**Resumen:** Se utiliza el marco teórico psicoanalítico para llevar a cabo una reflexión sobre la alienación del sujeto en el capitalismo neoliberal de nuestros días. Se empieza por poner de relieve las concepciones psicoanalíticas del sujeto y de la sociedad, destacando la importancia de la castración simbólica en la instauración del inconsciente y en la inauguración del lazo social. Se registra la presencia de una violencia originaria, que es el componente estructural de este proceso, y al que se añaden otros modos de violencia específicos del capitalismo neoliberal. El objetivo es caracterizar dos aspectos particularmente importantes en estos tiempos de intensificación del neoliberalismo: el ‘narcisismo’ y la ‘perversión’ del sujeto, aun si los dos términos deben entrecomillarse, en la medida en que se trata de nociones diferentes de la concepción metapsicológica habitual del narcisismo y del concepto de perversión como estructura clínica del sujeto. Por último, se destaca la existencia de una inmensa producción ideológica cultural en los medios de comunicación, en la ciencia, la filosofía y las artes, cuyo objetivo es brindar apoyo al *status quo* social y oponer obstáculos al progreso histórico y a la transformación de la sociedad

**Palabras clave:** sujeto, sociedad, psicoanálisis, psicología social, violencia, narcisismo, perversión, capitalismo, neoliberalismo.

**Resumo:** Utiliza-se o referencial teórico da Psicanálise para se empreender uma reflexão sobre a alienação do sujeito no capitalismo neoliberal de nossos dias. Inicia-se o percurso pela explicitação das concepções psicanalíticas de sujeito e sociedade, realçando-se a importância da castração simbólica na instauração do inconsciente e na inauguração do laço social. Registra-se a presença de uma violência originária que é componente estrutural desse processo, à qual se agregam modos adicionais específicos de violência do capitalismo neoliberal. Busca-se caracterizar dois aspectos especialmente acentuados nos tempos de intensificação contemporânea do neoliberalismo: o ‘narcisismo’ e a ‘perversão’ do sujeito, ainda que se deva colocar aspas nos dois termos, na medida em que se trata de noções distintas da concepção usual metapsicológica de narcisismo e do conceito de perversão como estrutura clínica do sujeito. Finalmente, ressalta-se a existência de uma imensa produção cultural ideológica na mídia, nas ciências, na filosofia e nas artes, encarregada oferecer sustentação ao *status quo* social e de opor obstáculos ao progresso histórico e à transformação da sociedade.

---

<sup>1</sup> Este artículo es una versión modificada de un texto publicado en *Mental*, año III, número 4, junio 2005, pp. 155-173. Traducción del portugués por David Pavón Cuéllar.

**Palavras-chave:** sujeito, sociedade, psicanálise, psicologia social, violência, narcisismo, perversão, capitalismo, neoliberalismo.

### **Los conceptos psicoanalíticos de sujeto y sociedad**

Empezaremos nuestro recorrido con algunas reflexiones sobre el proceso por el que un ser humano llega a ser un sujeto constituido y puede convertirse en un miembro de una sociedad determinada. Para ser un ser de lenguaje, que se rige por lo simbólico y por la cultura, los seres humanos no sólo se enfrentan con la carne y con la materia de sus asociados, sino que se enfrentan también y sobre todo con su deseo. Adormecido y acariciado por la madre, el pequeño ser humano se construye a sí mismo y es a su vez construido por sus compañeros, deseando ser deseado. Desea ser deseado, y éste es el fundamento de sus alegrías, de su placer y también de su sufrimiento. Pienso que podríamos decir, con mayor énfasis, que ésta es la esencia del significado de su existencia.

Sin embargo, hay que considerar que el pequeño bebé, que por la identificación primaria inaugura la construcción de su Yo, desea ser deseado de una manera imposible: por un deseante absoluto... que solamente lo desee a él y para el que él baste... sin la intermediación de terceros y en una relación narcisista y completa (que, si existiera, sería la propia muerte y la destrucción de su Yo, ya que significaría negar por completo la cultura y la sociedad)... un goce pleno y absoluto, que acabaría con toda y cualquier tensión (y con la propia vida), en obediencia al principio de nirvana... ¡un goce dirigido por la pulsión de muerte! Goce que el psicoanálisis puede estudiar con detenimiento, en circunstancias menos radicales que la completa aniquilación, en las perversiones y en el sadomasoquismo. Sin embargo, en un grado mayor o menor, este goce siempre está presente en todo ser humano, e invariablemente en todos los deseos. Es por eso que ya hubo quien habló de “una perversión llamada deseo”.

Destinado a la vida humana y a la constitución como un ser de la cultura, el pequeño ser humano tiene que dejar a regañadientes la condición de objeto que completa cualquier falta de la madre, y así abandonar la condición de falo materno, como dirían algunos autores psicoanalistas. Obligado a salir de este estado de nirvana, el niño debe partir, frustrado, para socializar con sus compañeros en busca de emblemas fálicos que sólo se pueden buscar dentro de la propia cultura. El niño busca, por lo tanto, identificarse con aquellos que procedieron a su castración simbólica, en un juego de imitación de los propios verdugos. De los cuales, en la cultura capitalista, el padre es el representante por excelencia, ya que es el que mejor representa la limitación de la posición fálica del bebé, constituida por el estado de narcisismo y por el goce absoluto. Condición que permanece como nostalgia siempre presente y que constituye al mismo tiempo en el sujeto: por un lado, el motor de su deseo, y por otro lado, la razón de su frustración, de su insatisfacción y de su sufrimiento; la causa de sus alegrías y de sus placeres, pero también de sus angustias y depresiones. Y que lo hará siempre vulnerable y crédulo ante las falsas promesas de la restauración de esa posición narcisista, fálica y nirvánica.

En la medida en que la castración simbólica convirtió al sujeto en un ser de la sociedad y de la cultura, la nostalgia de un retorno a la absoluta posición fálica narcisista puede ahora alimentarse, no sólo en la soledad y en el aislamiento de los síntomas

individuales, sino también en la construcción colectiva de los síntomas sociales que se comparten con otros miembros del grupo social. Síntomas sociales que responden por los mayores logros de la cultura humana, pero también, por otro lado, por las exclusiones y los prejuicios de todo tipo: el racismo, el fascismo, la marginación y la violencia contra otros grupos sociales, tales como de los negros, los homosexuales, los extranjeros y los pobres.

Como portavoces de la cultura y de las prácticas y leyes de la sociedad, los encargados de introducir al niño en el mundo social –los padres en el caso de la sociedad capitalista– realizan la castración simbólica del pequeño y nuevo participante en la sociedad. Es en esta circunstancia en la que ellos influyen en los modos de relación del sujeto con su deseo y con otros sujetos significativos, en todas las múltiples posibilidades de establecimiento de lazos sociales:

[...] en lo que ellos manifiestan de masificación o de singularidad, de irracionalidad o de racionalidad, de inconsciencia y de ignorancia de los motivos de sus acciones o de la intencionalidad consciente y deliberada; de pasividad determinada por el contexto socio-cultural o de cualquier acción operadora de transformaciones sociales; en suma, en lo que representan de regla o de excepción. (Pacheco Filho, 1997, p. 131)

Por lo tanto, el pequeño ser humano está libre de la impotencia y de la sumisión total ante una madre devoradora fálica, lo que sería su propia muerte en el mundo social. Alcanzado por la castración simbólica, el niño puede ahora constituirse como un sujeto atado a la sociedad y a sus compañeros, a través de sus ideales, valores e identificaciones. Tiene, por lo tanto, nuevas formas de escapar del terror, y al mismo tiempo, la seducción de la condición inefable que escapa a toda simbolización, y que consiste en la incapacidad para manejar las tensiones y excitaciones internas provenientes de la carne. El lenguaje y las representaciones culturales que instaura se unen a esas tensiones y excitaciones, lo que permite la inauguración del imperio de los principios de placer y de realidad, que dan al sujeto un mínimo de control sobre sus pulsiones. Cuando este control se ve amenazado, amenazará de nuevo con el peligro de lo que, en alemán, Freud llamó *Hilflosigkeit*: impotencia frente a la falta de control sobre excitaciones somáticas internas, cuando éstas se separan de sus representaciones simbólicas.

Es por eso que el individuo caerá en la depresión y en la ansiedad cada vez que se sienta amenazado en la posibilidad de mantener una estabilidad mínima de la unidad siempre precaria de su Yo. Unidad cuidadosamente conservada por su identidad cambiante y por sus lazos sociales, por sus ideales y por sus valores, siempre débiles y en peligro constante.

El peligro de invasión por las excitaciones internas puede ser apreciado en toda su intensidad por el ejemplo de los ataques de pánico, que una psiquiatría de orientación organicista circunscribió como síndrome, y designó por la etiqueta de *trastorno de pánico*. Para nosotros los psicoanalistas, este ejemplo es un indicio del riesgo de quiebra del propio funcionamiento psíquico. Como lo propone Pereira (1999), el pánico no es aún terror, sino que es la última muralla construida contra el terror y contra la aniquilación de la organización psíquica. Debemos entenderlo como un acto psíquico desesperado, pero completo: una manera en la que el sujeto reacciona contra las condiciones de indefensión

extrema de la existencia humana y contra la fragilidad del mundo simbólico, todo esto en comparación con el formidable poder del mundo de la materia.

Una omnipresente pulsión de muerte acecha los pasos del ser humano, y responde por el peligro constante que amenaza el funcionamiento de la vida gobernada por la pulsión de vida y por los principios de placer y de realidad. Este último régimen incluye los dictados de la cultura y de la sociedad inscritos en los ideales impuestos a los sujetos a través del proceso de socialización. Pero el mismo régimen también incluye, paradójicamente, la nostalgia derivada del residuo inagotable e irreductible del narcisismo, que siempre conferirá al deseo humano una mínima composición de perversión. Perversión que seducirá con el canto de sirena del narcisismo, atrayendo al deseo hacia los límites de las fronteras marcadas por la Ley y por el símbolo. Esta llamada puede afectar al sujeto individualmente o puede surgir como una convocatoria a todo un grupo social: un segmento de clase económico-social, un grupo definido racialmente, una parte de la comunidad definida por la edad o por la generación, un género o una nación.

Espero haber conseguido explicitar, como aspecto de la cultura y de la vida en la sociedad, que una violencia originaria en contra de cada sujeto constituye un elemento importante que nunca falta en ninguna organización social. La cultura y los lazos sociales, como ya lo hemos propuesto, protegen contra los sentimientos de impotencia. Pero esto es al precio de un cierto nivel de sumisión y de violencia fundamental.

El asesinato del jefe de la horda por los hijos reunidos en una alianza conspiratoria contra la exorbitancia del poder, tal como es formulado por Freud (1913), es el prototipo del nacimiento del vínculo social. Unidos por el odio común que gesta la rebelión, pero también por la culpa y por el remordimiento que los lleva a celebrar como *tótem* al jefe eliminado – ahora elevado a la categoría de Padre–, los hijos erigen interna y externamente las condiciones de prohibición pulsional que crean el pacto entre los miembros del grupo. Este acuerdo sella el compromiso de cumplir con las leyes de organización de la sexualidad y de distribución del poder, en un intento de mantener la estabilidad social y evitar la aparición de nuevos conflictos. (Pacheco Filho, 1997, pp. 128-129).

Si hubiera que buscar una analogía en la ficción literaria, para tratar de materializar en imágenes el doble aspecto paradójico de la cultura y la sociedad humanas, yo recurriría a “El extraño caso del Dr. Jekyll y de Mr. Hyde”, de Robert Louis Stevenson, en su ilustración de cómo el bien y el mal, diametralmente opuestos, pueden ser partes constitutivas de una misma unidad: como se descubre a lo largo de la historia en cuestión, el honesto y respetable Dr. Henry Jekyll, médico bondadoso y de conducta moral impecable, es también el cruel Edward Hyde, capaz de villanías y de los peores actos. Un aspecto doble análogo se encuentra en la cultura y en la sociedad humana, ya que la protección contra el desamparo, que ellas ofrecen a sus miembros, tiene su precio, como ya fue dicho. Este precio es cobrado en la moneda de la sumisión irracional e inconsciente a por lo menos una parcela de las concepciones, valores, leyes e ideas que se nos imponen. Como aquí puede apreciarse, la protección que se nos ofrece tiene un precio, como ya se dijo, que se cobra en la moneda de una sumisión irracional e inconsciente a por lo menos una parte de las concepciones, valores, leyes e ideales que se nos imponen.

Ahora, para comenzar la siguiente sección, me gustaría explorar un poco más la idea de que la cultura y la sociedad siempre implican un tipo de violencia simbólica hacia sus miembros, para pasar en seguida a un examen de los modos específicos por los que el capitalismo neoliberal desarrolla su forma particular de violencia.

### **La violencia del capitalismo neoliberal**

Ya se introdujo el concepto de una violencia originaria de la sociedad y de la cultura, las cuales, a través del proceso de socialización, nos obligan a formas *a priori* de pensamiento, de modos de vida, de ideales, de valores, de principios éticos, e incluso de estilos convencionales de sentimientos y de reacciones emocionales. Todo esto nos afecta de modo inconsciente –y no como nos afectan los procesos que organizan la racionalidad consciente–, a partir de todos los episodios sociales en los que participamos como interlocutores, siendo posible establecer, como puntos míticos de inauguración del proceso, los momentos en los que se sale del útero y se empieza a ser amamantado.

Nuestros semejantes se dirigen a nosotros, desde el principio de nuestras vidas, a través de las palabras. Y así es como el lenguaje y las representaciones culturales que instaura vienen a constituir, no sólo la manera en que interactuamos con los demás miembros de la comunidad humana, sino también –y quién sabe si esto no es lo más importante– el medio por el cual aprehendemos la realidad. No hay conocimiento ingenuo, neutral e imparcial, de ningún aspecto de nuestro mundo (incluyendo aquí la forma en que conceptualizamos nuestro propio cuerpo y nuestro Yo), que escape de la influencia inexorable de la cultura y de la sociedad en las que constituimos nuestra subjetividad.

Nuestro mundo y su realidad se “construyen” a través de nuestro proceso de socialización, y mediante las categorías y los conceptos lingüísticos que empleamos para nombrarlos. No es de extrañar, por tanto, que Freud (1913) presente los lazos sociales como resultantes de una violencia originaria. Como ya he dicho en otro lugar:

El prototipo que Freud presenta y que podríamos entender como un mito, el del surgimiento de la sociedad y de la cultura, es el de una horda primitiva cuyo líder mataba o expulsaba a sus hijos para apoderarse de todas las mujeres del grupo. Rebelándose contra ese padre terrible, un día los hijos se unieron en alianza conspiratoria y lo asesinaron. Luego devoraron su cuerpo en un ritual caníbal, celebrando la unidad, la victoria y un pacto por el que ninguno de ellos trataría de recuperar el lugar del padre despótico muerto.

Éste es el modelo del vínculo social para el psicoanálisis, que surge de la introducción de una ley que organiza la sexualidad y las relaciones sociales al mismo tiempo, lo que permite la identificación entre los miembros del grupo. Sentimientos ambivalentes de odio y de culpa son la base de esta ley, escondidos tras los rituales de las sociedades que celebran la unidad entre sus miembros. Esto es lo que está representado por los banquetes totémicos en los que se come el cuerpo del animal totémico que representa al padre asesinado y devorado por miembros del clan. [...]

Éstas son las formas en que los individuos repiten simbólicamente el crimen original que los une como miembros de la sociedad, y se comprometen al mismo tiempo a no repetirlo y a obedecer las leyes de la sociedad. La ley es, pues, lo que nos permite reconocernos unos a otros como miembros de un grupo. Detrás de la ley opera un proceso fundamental de los lazos sociales, lo que Freud llama identificación. Regidos por la misma ley, nos identificamos entre nosotros como miembros de una comunidad.

[...] Los individuos que pertenecen a un mismo cuerpo social se identifican entre sí como iguales y hermanos, y al mismo tiempo, difieren de los que están fuera del grupo. Estos últimos son extraños o extranjeros, y por lo tanto, son tratados de acuerdo con esta condición. Pueden inspirar miedo, temor, hostilidad o curiosidad. En todos los casos, sin embargo, reciben la marca de la diferencia: el nombre que se le asigna es el de *ellos*, diferentes del nombre de *nosotros* que atribuimos a aquellos con quienes nos identificamos. (Pacheco Filho, 2002).

Estos procesos de identificación, que están fuera del control de la conciencia y del tipo de racionalidad que la rige, constituyen la base sobre la que, históricamente, el nazismo alemán y todos los fascismos, en todas partes del mundo, construyeron siempre sus lógicas de inclusión y exclusión. Sus concepciones ultraderechistas de revitalización del Estado y de la nación siempre han recurrido a la marginación y a la violencia contra todos aquellos considerados diferentes del grupo concebido como el de los miembros “legítimos” de la comunidad nacional. Las propuestas fascistas de reconstrucción de las supuestas situaciones de caos y degeneración social siempre eligieron, como culpables, a los marcados con el estigma de la diferencia, ya sea de raza, religión, preferencia sexual o posición política, como lo demuestran los asesinatos de los judíos y de los homosexuales por los nazis.

Pero sería absolutamente erróneo pensar que el racismo, la intolerancia y la xenofobia son una prerrogativa de los estados fascistas y están ausentes de las actuales sociedades capitalistas neo-liberales. Tomemos, como ejemplos, la violencia, la barbarie y la discriminación contra los negros (por ejemplo, los activistas del Ku Klux Klan), o contra los homosexuales por los *skin heads* brasileños en este principio de siglo XXI, o contra los jugadores negros en torneos de fútbol en Europa y en América Latina (véase, por ejemplo, el periódico brasileño *Folha de São Paulo* del 21 de marzo de 2005, sección D, p. 5). Podríamos recordar una multitud de ejemplos similares en las sociedades capitalistas contemporáneas. Y no se puede decir, de ninguna manera, que estos eventos se limiten al ámbito de la ilegalidad. En los últimos años, propuestas de contenido neo-fascista consiguen aceptación pública, como soluciones a problemas y conflictos sociales, en diferentes partes del mundo capitalista. Y candidatos a gobernantes con plataformas políticas en contra de propuestas pluralistas, integracionistas y tolerantes de la diversidad, adquieren un prestigio preocupante ante el electorado de importantes sociedades contemporáneas. Como se ve, la sociedad capitalista neoliberal parece haber desarrollado posibles combinaciones de las formas de violencia construidas en el ámbito de su propio contexto con diferentes formas de violencia que se originaron a partir de otras circunstancias socio-históricas.

En las dos secciones siguientes, intentaré precisar dos rasgos distintivos del capitalismo que se han visto particularmente acentuados en estos tiempos de radicalización neoliberal: el “narcisismo” y la “perversión” en la sociedad capitalista neoliberal (términos que aquí mantendremos entre comillas).

### **El “narcisismo” en el capitalismo neoliberal**

Algunos autores han denunciado la exacerbación del narcisismo en la sociedad contemporánea. Y el término “cultura del narcisismo” se ha invocado a veces para proponer críticas de las condiciones existentes en la sociedad actual, en el sentido de un estímulo conferido al valor individual, como fundamento y razón última para dirigir las acciones de los individuos. Auto-centrado y enfocado casi exclusivamente en su propio ombligo, el sujeto de nuestros días padecería de ausencia de ideales y sería arrastrado hacia un egocentrismo radical, el cual, psicoanalíticamente, correspondería a una regresión a un estado de narcisismo casi puro. Como antídoto contra esta patología regresiva, convendría prescribir dosis masivas de ideales colectivos, rescatados de los “buenos tiempos” en que habría sido más importante la atención y la preocupación por los demás miembros de la sociedad.

Aunque la advertencia tenga sentido, y aunque algunos puntos descriptivos importantes formen parte de esta manera de conceptualizar los problemas de la sociedad contemporánea, debo expresar mi desacuerdo con semejante propuesta explicativa. Éste no es el lugar en el que me gustaría desarrollar mi cuestionamiento de la concepción del sujeto encerrado en el narcisismo radical de la sociedad del capitalismo tardío. Sin embargo, cabe afirmar que no creo en una diferencia de naturaleza metapsicológica entre los valores y los principios de la vida presente y los que organizaron la cultura y la vida social en anteriores períodos históricos y en diferentes sociedades. No pienso que el ser humano contemporáneo esté fuera del alcance de la influencia y del control de la red simbólica de la sociedad, y que sea inaccesible al orden estructural de su goce pulsional edípico, todo esto por causa de un tipo “patológico” de narcisismo por el que el sujeto sería inmune a los valores establecidos en la cultura. Además de ser metapsicológicamente incorrecta, esta concepción implica el riesgo, en mi opinión, de una aspiración reaccionaria a un retorno del pasado.

Por otro lado, hay que admitir que ciertas condiciones distintivas caracterizan la vida en el mundo contemporáneo, justificando la propiedad de los términos que algunos autores han empleado para designarla: estaríamos en la “sociedad de las imágenes”, o en la “sociedad del espectáculo” (Debord, 1967). Aparte de las diferencias entre los autores llamados “posmodernos” (como Jean Baudrillard y Gilles Lipovetsky) y quienes adhieren a un enfoque explicativo más fundamentado en la base material e histórica de la sociedad (como Fredric Jameson y Zygmunt Bauman)<sup>2</sup>, me gustaría llamar la atención sobre un

---

<sup>2</sup> Considérese la siguiente opinión: “Guy Debord y los otros situacionistas franceses están de moda. Es lo peor que les podía ocurrir. Pues la moda es lo opuesto a la crítica. La crítica radical no puede convertirse en un modismo sin perder su alma. En la lectura posmoderna en boga, la declaración de guerra situacionista al orden dominante parece una simple crítica a los medios de comunicación, tan al gusto de los propios medios, en el mejor estilo de Neill Postman, o una maniobra izquierdista para izquierdistas ‘creativos’ a los que les gusta surfear, aparentemente de modo radical, en las olas de la industria de la conciencia. Pero Guy Debord no merece ser confundido con Baudrillard ni ser reducido al formato de un póster pop cultural” (Kurz, 1999, p.

punto importante: el hecho de que, bajo el capitalismo, la ideología que ayuda a mantener la estructura social está formada por el supuesto de que la libre competencia entre individuos autónomos, con ánimo de lucro y actuando por su único interés personal, puede producir beneficios colectivos. En este sentido, en lugar de fomentar la consecución de objetivos de interés común, lo que se está tratando es de atar a los sujetos al valor del éxito individual, sin importar el medio por el que se alcance. Ésta es la máxima aspiración del sujeto del capitalismo, el cual, en consecuencia, no puede ser entendido como carente de ideales. ¡El ideal y el objetivo común que todos persiguen es el de tener éxito por el logro de objetivos de riqueza material que permitan un consumo ilimitado y una asignación privilegiada en el espectro de la jerarquía social!

Un corolario de esta circunstancia es el hecho de que la evaluación ética de los medios para lograr el éxito individual se convierte en un elemento de menor importancia. Progresivamente se minimiza la censura social de quienes alcanzaron sus objetivos gracias a la explotación de los simulacros, o a través de acciones dañinas para los demás o para la comunidad. Estas acciones vienen a legitimarse socialmente por el logro de la meta del éxito. Sólo para citar algunos ejemplos comunes, puedo mencionar a los políticos corruptos que mantienen su poder y su prestigio a pesar de la existencia de fundadas sospechas que indican la mala fe en la gestión de los asuntos públicos, o incluso el caso de personas que convierten en capital social, susceptible de conversión y explotación, sus episodios de amor, a veces incluso ficticios, con personajes famosos. El valor personal se mide por el poder, la riqueza, la posibilidad de consumo y la atención que los individuos son capaces de despertar diariamente en el espectáculo cotidiano, tal como la calidad artística de los programas y eventos culturales es indicada, casi exclusivamente, por los índices de venta y audiencia.

Si lo que importa es el consumo y el éxito individual, y no los medios por los cuales se consiguen, la imagen que se le ofrece al prójimo, ya sea falsa o verdadera, es el punto relevante en el proceso social: el paquete llega a ser tan importante (o incluso más importante) que el mismo producto. Del mismo modo, las cualidades de menor visibilidad inmediata de las personas, o de percepción más compleja y más lenta, pierden poco a poco su valor en comparación con la superficie exterior, la exhibición de riqueza, o lo que se muestra con mayor claridad. Lo falso, lo superficial y lo engañoso también pueden obtener su valor social, dependiendo del poder de seducción que se muestran capaces de ejercer.

Aquí es donde, junto con la riqueza material y el potencial de consumo, la apariencia estética del cuerpo se eleva hasta el más alto grado de prestigio social. Sin lugar a dudas, esta apariencia es el “envase” que atrae a primera vista y que, además, agudiza el más obvio e inmediato de los recursos espontáneos: el interés estético y el apetito sexual. De hecho, lejos de cuestionar el valor y la importancia del deseo sexual, el psicoanálisis estaba preocupado precisamente por hacer hincapié en su papel predominante, y no siempre reconocido, en el contexto de los asuntos humanos. El psicoanálisis demostró que Eros y la

---

5). Considérese también la siguiente afirmación: “Los teóricos sociales posmodernos, al retomar debates tradicionales sobre idealismo y materialismo, no trascienden los términos del debate establecidos por Marx y Engels en la *Ideología alemana*. En lugar de eso, claman la victoria absoluta del idealismo, en la medida en que la materialidad y la base económica son tiradas al bote de basura de la historia, quedando tan sólo el lenguaje” (Stabile, 1999, p. 148).

sexualidad se extendían por todas las circunstancias que componen la vida humana y no sólo por aquellas que se consideraban las manifestaciones más evidentes de la libido. Sólo que una visión simplista y reduccionista del conocimiento aportado por el psicoanálisis se utiliza exactamente en el confinamiento del sentido de la sexualidad a ese ámbito de las manifestaciones más evidentes de la libido, oscureciendo el significado más complejo y extenso que se trataba de demostrar. Con este confinamiento, se entiende la sexualidad humana como un fenómeno instintivo de orden biológico, ocultándose así la verdad de que la sexualidad constituye, de hecho, un fenómeno humano y simbólico, de orden cultural y social.

Es falsa la idea de que la belleza estética y la apariencia seductora de los cuerpos humanos emanen enteramente de unas determinaciones totalmente instintivas y biológicas. Son las sociedades y las culturas las que construyen sus ideales de objeto sexual. Este hecho es fácilmente comprobable de innumerables maneras. En unos pocos siglos, el cuerpo de la mujer ideal, por ejemplo, dejó de ser gordito y rollizo, para convertirse en demacrado y delgado, y luego en grueso y musculoso. Y el cuerpo del hombre ideal, delgado y larguirucho en los años 60, ya no tiene mucho éxito en una sociedad agrietada por músculos desplegados en academias y por cuerpos “desarrollados” y “bombeados”. En una sociedad con baja autoestima, como es el caso de Brasil en nuestros días, los cabellos rubios parecen ser un requisito previo para las mujeres que desean aumentar su poder de seducción. Un extranjero que visitara Brasil y que se limitara a examinar los medios de comunicación, las revistas nacionales y los anuncios por todas partes, apostaría a que las mujeres brasileñas son rubias en su gran mayoría. Rubias blancas y rubias mulatas caminan por las calles de nuestras ciudades, buscando imitar el cuerpo de la mujer ideal de las naciones económicamente más ricas, largamente exaltado en todos los medios de comunicación de masas.

Del mismo modo, fisonomías y conformaciones corporales indicativas de edad cronológica avanzada van siendo suspendidas, y reciben una connotación negativa en los medios de comunicación de masas. Las arrugas y las canas se asocian cada vez menos con la experiencia de la vida, la dignidad y la templanza, y reciben estigmas que van de la decrepitud física y mental a la falta de competencia y la negativa a asumir la transformación de la sociedad. La cirugía plástica y los implantes de silicona, que eliminan parcialmente los signos de envejecimiento en el cuerpo, se convierten en herramientas indispensables para una sociedad que no puede tolerar ver el cuerpo de la vejez. Y todo esto deja sin lugar a dudas una marca de estigmatización en las personas que han llegado a esa etapa de la vida.

Es éste el sentido en que el término “narcisista” (entre comillas) puede ser adecuadamente utilizado para caracterizar al sujeto de nuestra sociedad del siglo XXI. No se trata de un narcisismo metapsicológico en sentido estricto, como si el ser humano de hoy en día estuviera ensimismado ante la imagen de sí mismo, independientemente de su valor articulado a través de redes de organizaciones sociales, culturales y simbólicas. Por el contrario, el poder de la imagen y del consumo, en la actualidad en la que nos vemos fascinados por nosotros mismos y afectivamente capturados por la búsqueda de la imagen de cuerpos que mimeticen perfectamente modelos idealizados específicos, es el resultado de la estructura misma de las actuales relaciones sociales capitalistas. Si los otros nos parecen meros espectadores y testigos del valor y la belleza de nuestra imagen, esto no es por

nuestra independencia y autonomía con respecto a ellos y a la sociedad. Más bien, es de ellos que dependen las directrices y los ideales que impulsan nuestras acciones.

### **La “perversión” en el capitalismo neoliberal**

El último tema que quiero abordar aquí se refiere a un fenómeno de la cultura y la sociedad actuales que simula fenomenológicamente la perversión, a pesar de que sea diferente de ella en el ámbito metapsicológico. La comprensión de esta propuesta requiere que nos reportemos a la concepción psicoanalítica de la perversión, en el sentido de que:

El perverso se encierra en la representación de una falta no simbolizable que se traduce por una respuesta psíquica inagotable bajo los auspicios de la negación de la castración de la madre. El perverso sólo niega así la castración simbólica, cuya única función consiste en hacer advenir lo real de la diferencia entre los sexos como causa del deseo en el sujeto. (Kaufmann, 1996, p. 420).

En pocas palabras, y de manera simplificada, diré que el mecanismo perverso implica la coexistencia de dos series distintas de producciones psíquicas imaginarias. Por un lado, el perverso reconoce la castración y la existencia de una falta en la madre: el falo. Por otro lado, fantasma con una madre sin falta –una madre fálica–, lo que le permite defenderse contra el horror de la castración. Esto pone al perverso en una posición muy especial, en los términos de cómo se relaciona con la falta y con la incompletud: aceptándola y paradójicamente negándola al mismo tiempo.

Es en este sentido que podemos señalar alguna similitud entre la perversión y el lazo social que los individuos establecen en el capitalismo, aun cuando se considera que estos individuos no se caracterizan por una estructura perversa. Algo fenomenológicamente similar caracteriza la forma en que la cultura contemporánea nos anima a tratar con la falta y la incompletud de la existencia. La ciencia moderna ha traído consigo una posibilidad real de transformar el mundo y las condiciones de vida de los seres humanos. Sufrimientos anteriormente insuperables, como por ejemplo ciertas enfermedades y determinados accidentes de la naturaleza, ahora pueden manejarse desde el conocimiento científico y tecnológico disponible. Sin embargo, este progreso en el control del mundo y en la eliminación de ciertos males de la existencia humana es siempre parcial, incompleto y bastante insatisfactorio. La mayor parte de los orígenes del sufrimiento y de la miseria humana no han sido tocados ni por la ciencia ni por la tecnología del capitalismo, el cual, dicho sea de paso, nos ha dejado también su propia cuota de causas de sufrimiento. Ahí están, para ser recordados, los accidentes ecológicos, las armas con su poder formidable y las desigualdades e injusticias sociales. Pero eso no impide, como ya lo he recordado en otra texto, la construcción social de un:

[...] Imaginario masificado y alienado de repartición colectiva de de una fantasía omnipresente de bienestar absoluto y de cumplimiento de la totalidad de la existencia por el consumo irrestricto de bienes materiales, que permite ocultar las miserables condiciones de existencia. (Pacheco Filho, 1998).

Contra la falta, se propone la fantasía de completud. Ésta es la analogía con el mecanismo fundamental de la perversión, aunque aquí, como ya lo dije, no me estoy refiriendo a la perversión como una estructura del sujeto: me valgo de la analogía solamente para poner de relieve una característica de la sociedad capitalista contemporánea<sup>3</sup>. En la ciencia y en la organización capitalista de la sociedad, se depositan las esperanzas de superación completa de todos los males y de los acontecimientos que siempre angustiaron a los seres humanos. Esto nos aleja de la necesidad imperiosa de hacer frente a la ineludible realidad de las limitaciones de nuestra existencia, de la mortalidad y la finitud del cuerpo, y de las imperfecciones y contradicciones de nuestra sociedad.

Las palabras que definen la ética vigente son el hedonismo y el imperativo de consumo, que se presentan como liberadores: por un lado, al redimir para el ser humano el derecho al placer y la legitimidad de su deseo; y también, por otro lado, al ofrecer una lógica simplificadora y empobrecedora que restringe a una sola dimensión (precisamente la más obvia, inmediata y vulgar) el significado de satisfacción del deseo y del sentido existencial. Los seres humanos de los siglos pasados pretendían ser graves y profundos. Y querían que sus problemas y e interrogantes fueran importantes y significativos. El siglo XXI quiere ser tan sólo divertido, superficial y placentero. Y se burla, con aire “indiferente”, de toda pretensión de conferir seriedad a cualquier tema o cuestión.

Con el capitalismo y con la modernidad, se desarrolló al máximo la idea del individuo como centro de las propuestas de sentido para la existencia humana, pero sólo en la versión particular limitante del individuo en busca del éxito personal y del gozo del consumo. Y, además, sin la esperanza de nuevas transformaciones históricas. La alienación y la ideología ya no derivan de la falta de conciencia de la realidad tras los señuelos y las simulaciones. Se fundamentan en la convicción de que la imagen aparente y el simulacro son la única realidad social.

En este contexto, incluso la búsqueda de una supuesta inmortalidad del alma, como un bálsamo para suavizar la realidad de la muerte corporal o como un intento de solución del enigma de la existencia, adquieren características particulares. Por un lado, las religiones siguen derivando, como siempre ocurrió a lo largo de los siglos, de la demanda de respuestas totalizadoras, absolutas y definitivas para las angustias existenciales, así como también de la necesidad de terminar con todas las carencias y miserias de la vida en la tierra. Por otro lado, empero, las religiones actuales no tienen manera de evadir las demandas más mundanas y materiales. El hombre religioso del capitalismo del siglo XXI requiere un paquete tranquilizador que reúna la salvación del alma con el éxito en los negocios. Y esto en cultos que combinen la virtud de los sacramentos con los beneficios de los ejercicios aeróbicos<sup>4</sup>. Y es de esta manera, con un pie en la canoa de la inmortalidad del alma y con el otro pie en el compromiso de satisfacer todos los deseos materiales, que se busca el reencuentro con la totalidad y con lo absoluto sin dejar de lado los objetivos de consumo.

---

<sup>3</sup> Calligaris (1986) desenvuelve la atractiva noción de “montaje perverso” como una forma de lazo social. A pesar de mi reconocimiento de la importancia de este concepto, no pretendo detenerme aquí para articularlo con mis consideraciones sobre la sociedad capitalista contemporánea.

<sup>4</sup> Me refiero a la Renovación Carismática Católica y a la “Aeróbica del Señor”, del Padre Marcelo Rossi (Amaral, 2004).

## **Palabras finales**

El propósito del presente trabajo fue el de utilizar las herramientas teóricas y metapsicológicas del psicoanálisis para poner de relieve algunos aspectos distintivos de la alienación del sujeto en el capitalismo neoliberal de nuestros días. Habiendo surgido como una revolución en la forma de estructuración de las relaciones sociales, económicas y políticas, y agitando la doble promesa de una liberación del potencial humano y de una distribución más equitativa de la participación social en la toma de decisiones, el capitalismo ha demostrado, desde el principio, contradicciones que evidencian su incapacidad para satisfacer sin frustrar estas mismas expectativas que han impulsado su desarrollo.

Es precisamente por esta razón que una inmensa producción cultural ideológica diseñada para encubrir los defectos del capitalismo, junto con la alienación directamente implicada en su manera de estructurar las relaciones de producción, han sido instrumentos importantes que buscan reparar las grietas que debilitan el sistema y que pueden poner en peligro su régimen de continuidad. De ahí la predicación y el insistente y repetitivo golpeteo de la mayoría de los medios de comunicación, alineados para el mantenimiento del sistema actual, y convocando al sujeto contemporáneo a que sustente la estructura existente de relaciones sociales. A esto se añade también una parte considerable de la producción científica, literaria, artística y filosófica, encargada de ofrecer, a la inmensa masa ideológica cultural continuista y conservadora, unos fundamentos de legitimación dotados de respetabilidad y autoridad intelectual socialmente reconocida.

Es en contradicción con este movimiento continuista que se posiciona el presente texto, al buscar, en el cuerpo de conocimientos del psicoanálisis, referencias pertinentes para trazar las vinculaciones subjetivas, no siempre evidentes, del proyecto neoliberal en curso. Vinculaciones que buscan debilitar y socavar la responsabilidad y la implicación del sujeto en los acontecimientos sociales e históricos, y que, por desgracia, frecuentemente parecen haber tenido éxito. El sujeto del capitalismo contemporáneo aparece a menudo como un desencantado radical en relación con proyectos políticos radicales de gran envergadura y transformaciones sustanciales de la realidad social. Apático y sin esperanza, su horizonte de futuro es el llamado “fin de la historia”, según la tesis apologética del capitalismo de Fukuyama (1992). “La historia –dijo Stephen Dedalus– es una pesadilla de la que trato de despertarme” (Joyce, 1922).

En la película *The Matrix*, el personaje Cypher negocia la traición del resto de sus compañeros humanos a cambio de la vuelta al mundo pacífico y agradable de las imágenes oníricas programadas por computadora y posibilitadas gracias a la biotecnología. “Estoy cansado de esta guerra, de este barco, de sentir frío, de comer lo mismo todos los días. [...] Yo escojo la matriz, voy a volver a dormir”. ¿Será ésta la manera de elegir el futuro del ser humano? ¿La supresión de cualquier sentido de la historia y la total falta de esperanza en todos los proyectos colectivos, no “perversos”, para el destino de la humanidad?

¿O será que, una vez más, la creatividad y el potencial de transformación de los seres humanos asignarán al pasado aquello que algún día tuvo el aspecto de un regalo inagotable?

## Referencias

- Amaral, S. F. (2004). *O futuro de uma ilusão capitalista: Padre Marcelo Rossi e a Renovação Carismática Católica*. Tesis de Maestría em Psicologia Social. São Paulo: Pontifícia Universidade Católica de São Paulo.
- Debord, G. (1967). *A sociedade do espetáculo*. Rio de Janeiro: Contraponto, 1997.
- Calligaris, Contardo (1986) *Perversão – Um laço social?* Salvador: Cooperativa Cultural Jacques Lacan.
- Freud, S. (1913). *Totem e Tabu*. Rio de Janeiro: Imago, 1987.
- Fukuyama, F. (1992). *O fim da História e o último Homem*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Joyce, J. (1922). *Ulisses*. Rio de Janeiro: Record, 2002.
- Kaufmann, Pierre (1996). *Dicionário enciclopédico de Psicanálise: o legado de Freud e Lacan*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Kurz, R. (1999). “Prefácio à edição brasileira”. En: A. Jappe, *Guy Debord*. Petrópolis: Vozes.
- Pacheco Filho, R. A. (1997). O conhecimento da sociedade e da cultura: A contribuição da Psicanálise. *Psicologia e Sociedade – Revista da Associação Brasileira de Psicologia Social*, 9 (1/2), 124-138.
- Pacheco Filho, R. A. (1998). *Violência, desejo e alienação no neoliberalismo: a questão geral e o caso brasileiro*. Trabajo presentado en Séptimo Encuentro Regional de la Asociación Brasileña de Psicología Social – ABRAPSO (Regional São Paulo). Bauru (SP), 15 a 18 de octubre 1998.
- Pacheco Filho, R. A. (2002). Migração, desamparo, racismo e xenofobia. En: T. T. Carignato, R. M. Debieux, y R. A. Pacheco Filho (coords.), *Psicanálise, cultura e migração*. São Paulo: YM.
- Pereira, M. E. C. (1999). *Pânico e desamparo*. São Paulo: Escuta.
- Stabile, C. A. (1999) “Pós-modernismo, feminismo e Marx: notas do abismo”. En: E. M. Wood, y J. B. Foster (cords.), *Em defesa da história: marxismo e pós-modernismo*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Torres, H. (1989). Una perversión llamada deseo. En: S. A. Figueira (coord.), *Interpretação: sobre o método da Psicanálise*. Rio de Janeiro: Imago.